

soplaba, parte del edificio estaba enteramente abierto y amenazando ruina.

Bajé no sólo los dos escalones que había subido, sino también los cuatro de la entrada.

Lo había visto todo, y ya no me quedaba más que salir.

¿Pero por dónde se salía?

Hubiérase dicho que mi guía adivinaba mi deseo y hasta que participaba de él, porque volviéndose hacia mí me dijo:

— Tenéis bastante ya, ¿no es verdad?

— ¿Lo he visto todo?

— Absolutamente todo.

— Pues bien: entonces salgamos.

Abrió una puertecilla invisible en la obscuridad, pues estaba oculta en bóveda, y nos hallamos en la calle del Este.

Seguí maquinalmente á mi hombre hasta su cueva.

Tenía curiosidad de ver entrar á Caco en su antro.

Durante nuestra ausencia la cueva se había iluminado; una luz ardía junto á la puerta.

En lo bajo de la escalera que conducía á la cueva, esperaba á mi guía un hombre tan parecido á él, que se le hubiera tomado por su sombra.

Era negro de los pies á la cabeza.

Los dos negros se adelantaron uno hacia otro y cambiaron un apretón de manos.

Después comenzaron á hablar en una lengua que al pronto me pareció desconocida, pero que bien pronto, gracias á la atención que puse, reconocí en ella el auvernés.

Una vez en la pista, el resto no era difícil de adivinar.

Tenia simplemente delante de mí dos miembros de la honorable cofradía de los carbonarios.

La noche y mi imaginación sobre todo habían acrecido y poetizado los objetos.

Di tres francos á mi guía por el trabajo que se había tomado. Quitóse entonces el sombrero, y en la raya color de carne que apareció en el sitio en que el contacto del fieltro había quitado el carbón, reconocí la verdad de mis descubrimientos.

Y ahora, si treinta años después he buscado este recuerdo en el fondo de mi memoria, y lo he colocado aquí de manera acaso un poco insólita, es porque tenía que hacer conocer al lector la localidad á la que le vamos á transportar.

Es pues de ese jardín desierto de la calle del Este, cerca de aquella casa solitaria y medio arruinada, adonde le suplicamos que nos siga durante la noche del 21 de Mayo de 1827.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO FUÉ FUNDADA LA SOCIEDAD « AYÚDATE Y DIOS TE AYUDARÁ. »

El 21 de Mayo á medianoche, á la izquierda conforme se entra, pero creo que no se puede entrar hoy ya allí, habiéndonos parecido la última vez que pasamos por aquel sitio que la cadena estaba corrida y que hemos dirigido una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos de que este recinto ha sido teatro, el lunes pues 21 de Mayo, á la izquierda del bosque, cuando se entra por la calle del Infierno, á la derecha cuando se entra por la del Oeste, se

hallaban reunidos, previa la introducción por el carbonario, portero, guía y guardia que ya conocen nuestros lectores, y que no era otro que nuestro amigo Toussaint Louverture; se hallaban reunidos, decimos, veinte carbonarios, es decir, una venta particular.

¿Por qué y cómo esta venta había escogido aquel sitio para reunirse?

Fácil nos es explicarlo.

Se recordará la noche durante la cual Mr. Jackal, á caballo sobre una cuerda, había descubierto al bajar por la calle del Pozo-que-Habla el secreto de las reuniones de los carbonarios en las Catacumbas.

Se recordará que á consecuencia de este descubrimiento, Mr. Jackal había marchado á Viena y había hecho abortar el complot que tenía por objeto robar al duque de Reichstadt.

Agentes torpes habían hablado más de lo necesario sobre aquel descubrimiento, y la visita nocturna de Mr. Jackal no era ya un misterio para ninguno de los conjurados.

Esta visita y el descubrimiento que había sido consecuencia de ella, destrozando el proyecto tan laboriosamente concebido del general Le Bastard de Premont, no había tenido para los conjurados de París toda la importancia que al primer golpe de vista parecía tener.

Diez regimientos franceses que hubieran bajado á las Catacumbas, no hubieran podido echar el guante á un solo carbonario, pues los mil senderos y revueltas de los túneles subterráneos conducían á retiros inaccesibles.

Además, en cinco ó seis sitios, las Catacumbas estaban admirablemente minadas, y bastaba una chispa sobre una mecha colocada en estas minas, para hacer saltar toda la orilla izquierda.

Verdad es que se destruían á sí mismos al destruir á París; pero ¿no es así como murió Sansón?

Sin embargo, antes de llegar á tan terrible extremidad, valía más abandonar momentáneamente las Catacumbas, sin perjuicio de volver á ellas en los casos desesperados.

Además, los sitios de reunión no faltaban; y si las Catacumbas no eran ya posibles como sitio, podían siempre servir de camino para ir aquí y allí y buscar en la sombra la casa del hermano que ofreciera su habitación.

Así sucedió en efecto, y en la rebusca que con tal motivo se hizo, uno de los conjurados, que vivía en la calle del Infierno, notó una noche de que la cueva que le conducía de ordinario á las Catacumbas, comunicaba por el lado del Este con una de las cuevas de la casa desierta.

Sólo que era peligroso reunirse en una cueva, aun cuando ésta fuese la de una casa desierta.

Hizose pues una galería de unos treinta pies, después un pozo, y se hallaron en medio del bosque; se dejó á la extremidad de este subterráneo paso para un solo hombre, y se resolvió hasta nueva orden reunirse en aquella soledad, resuelto cada cual á abrasar el cerebro del primero que se presentara á turbarla.

Por lo demás, nadie se admire de todos esos accidentes subterráneos, que describimos minuciosamente para dar toda la verisimilitud posible á nuestro relato.

Más de cincuenta casas del barrio en que pasan los acontecimientos que referimos están perforadas, y podríamos citar otras tantas cuevas que pudieran pasar muy bien por escenarios de teatro dispuestos para ejecutar alguna comedia de magia.

Consultad, por ejemplo, á un bravo cafetero de la calle de Santiago llamado Giverne, casi enfrente de Val-de-

Grace; pedidle que os deje visitar su cueva, y rogadle que os refiera la historia de ella; empezará á caminar delante de vosotros y os contará que aquel subterráneo formaba parte en otro tiempo del jardín de las Carmelitas.

— ¿Pero para qué un subterráneo en el jardín de las Carmelitas, preguntaréis, y adónde y á qué conducía?

— ¡Pardiez! á las Carmelitas que había enfrente, donde está el Val-de-Grace: preguntad á Giverne.

No se nos acuse pues de poner trampas y subterráneos donde ni unas ni otros existen.

Toda la orilla izquierda, desde la torre de Nesle, que tenía su subterráneo que daba al Sena, hasta la Tombe-Issoire, que tenía su entrada por cerca del Montrouge, toda la orilla izquierda es una trampa completa desde el principio al fin.

Y si las modernas demoliciones revelan los misterios del París de arriba, tal vez un día los habitantes de la orilla izquierda se levantarán aterrados al descubrir los misterios del París de abajo.

Volvamos á nuestra reunión nocturna.

Esta reunión se componía de veinte carbonarios; pues aunque desde 1824 el carbonarismo había sufrido mil reveses sucesivos, fué disuelto de hecho y no tuvo existencia en la apariencia; sus principales miembros, como ya hemos dicho, se habían vuelto á encontrar y habían vuelto á reorganizar el carbonarismo, si no bajo el mismo nombre, al menos bajo las mismas bases.

El objeto de la reunión de esta noche era echar los cimientos de aquella sociedad, que tiempos después tomó el título de sociedad *Ayúdate y Dios te ayudará*.

Debía tener por objeto principal dirigir las elecciones y guiar é iluminar el espíritu público.

Se propusieron diversos modos de formación del comité que debía administrar los negocios de la sociedad.

Se convino en constituir el comité por medio de elecciones trimestrales, que tendrían lugar desde que el número de los socios llegase á ciento.

Se convino además en que se encerrarían estrictamente en la legalidad, ó más bien, que se barricadarian con ella.

Sin embargo, no era bastante tener reuniones en París y formar un comité para dirigir las elecciones, sino que era preciso instruir á los departamentos y ponerlos á la altura del país.

Se habló pues de crear comités electorales en cada cabeza de partido, y en cuanto fuera posible en cada cantón, y se mantendrían con estos comités relaciones permanentes para hacerlos llegar á funcionar.

Tal era pues el objeto de esta reunión nocturna en que se echaron los primeros cimientos de aquella formidable sociedad *Ayúdate y Dios te ayudará*, que tan gran influencia debía ejercer en las próximas elecciones.

Aquí llegaban de la discusión, y era sobre poco más ó menos la una de la mañana, cuando se oyeron crujir las ramas secas bajo el peso de un hombre, y una sombra negra apareció en el lindero del bosque.

Al segundo, cada conjurado tenía en la mano el puñal que llevaba oculto en el pecho.

La sombra se adelantó.

Era Toussaint, el conserje de la casa desierta, carbonario también, y colocado allí para servir de guarda, no sólo á la casa, sino á los que en ella se reunían.

— ¿Qué hay? preguntó uno de los jefes.

— Un hermano extranjero que pide ser introducido.

— ¿Es en efecto un hermano?

— Ha hecho todos los signos de reconocimiento.

— ¿ De dónde viene ?

— De Trieste.

— ¿ Está solo ó acompañado ?

— Solo.

Los carbonarios se consultaron mutuamente reuniéndose en un solo grupo, fuera del cual quedó Toussaint.

Después de breves momentos el grupo se deshizo, y una voz dijo :

— Introducid al hermano extranjero, pero con todas las precauciones de costumbre.

Toussaint se inclinó y desapareció

Un instante después, se oyó de nuevo crujir las ramas secas, y se vió avanzar á través de los árboles dos sombras en vez de una.

Los carbonarios esperaban en silencio.

Toussaint condujo al centro de la línea descrita por aquellos al hermano extranjero y desconocido, que venía guiado por él y con los ojos vendados.

Allí le dejó solo, y se retiró.

La línea se cerró formando un círculo en torno del recién venido.

Después, la misma voz que había hablado le preguntó :

— ¿ Quién sois ? ¿ De dónde venis ? ¿ Qué queréis ?

— Soy el general conde Le Bastard de Premont, respondió el recién venido : vengo de Trieste, en donde me he embarcado después de haber visto abortar mi empresa de Viena, y vengo á París para salvar á Mr. Sarranti, mi amigo y mi cómplice.

Hubo un gran murmullo entre los carbonarios.

Después, la voz que había antes hablado, dijo estas solas palabras :

— Quitaos la venda que os ciega, general ; estáis entre hermanos.

CAPÍTULO V.

LA VERDADERA SENTENCIA DE MUERTE DE M^{RS}. SARRANTI.

El general conde de Premont se quitó su venda, y su noble rostro apareció al descubierto.

En seguida todas las manos se extendieron hácia él.

Cada cual quiso tocar la suya, como en un brindis entusiasta cada cual quiere tocar el vaso del que ha brindado.

Por fin, el silencio reinó de nuevo ; el murmullo que agitaba el aire se desvaneció.

— Hermanos, dijo el general, ya conocéis mi situación. En el pasado, enviado por Napoleón á la India, debía organizar allí un reino militar en el estado de servinos de vanguardia, cuando por el mar Caspio penetráramos en el Nepaul.

Esto lo he hecho ; ese reino es el de Lahore.

Caido Napoleón, creí que el proyecto se había hundido con él.

Un día llegó Mr. Sarranti : venia en nombre de Napoleón á buscarme ; pero no era ya la obra de Napoleón I la que se trataba de proseguir ; era á Napoleón II á quien era preciso colocar sobre el trono.

No pedí más tiempo que el de reanudar mis relaciones con Europa.

Parti el día en que supe que estaban reanudadas. Vine

por Djedda, Suez y Alejandría; llegué á Trieste, y allí me afilié á nuestros hermanos italianos, partiendo después inmediatamente para Viena.

Ya sabéis cómo abortó nuestro proyecto.

De vuelta en Trieste, me oculté en casa de uno de nuestros hermanos. Allí he sabido la sentencia de muerte de Mr. Sarranti.

Partí en el momento para Francia á riesgo de lo que me pudiera suceder y jurando compartir su suerte; esto es, vivir, si vivía; morir, si moría él; cómplices del mismo crimen, igual debe ser también nuestro castigo.

Un profundo silencio acogió estas palabras. Mr. Le Bastard de Premont continuó:

Uno de nuestros hermanos de Italia me dió una carta para uno de nuestros hermanos de Francia, Mr. de Marande: tenía un crédito contra él, pero no una recomendación política.

Mr. de Marande me recibió; me dió á conocer á él; le dije el objeto de mi viaje á Francia, la decisión que había tomado, y el deseo que tenía de ser puesto en contacto con los miembros de una alta venta.

Mr. de Marande me dijo que hoy mismo había reunión; me indicó el sitio de ella y los medios por los cuales podría penetrar en este jardín y llegar hasta vosotros.

Aproveché las instrucciones dadas: ignoro si Mr. de Marande se halla entre vosotros; si está, yo le doy las gracias.

Ningún movimiento indicó que Mr. de Marande estuviera entre los concurrentes.

El mismo silencio que antes reinaba, reinó de nuevo.

El general de Premont sentía como una especie de estremecimiento; pero no por eso dejó de continuar:

— Sé, hermanos, que nuestras opiniones no son las mismas: sé que entre vosotros tal vez, mejor dicho sin duda alguna, hay republicanos y orleanistas; pero unos y otros quieren, como yo, la libertad del país, la gloria de la Francia, el honor de la nación.

¿No es verdad, hermanos?

Todas las cabezas se inclinaron; pero ninguna voz contestó.

— Pues bien, continuó el general, yo conocía á Mr. Sarranti, hacia seis años que no nos hemos separado un solo momento. Yo respondo de su valor, de su lealtad, de su virtud; en una palabra, yo respondo de Mr. Sarranti como de mí mismo.

Yo yo vengo á hacer en mi nombre, y á nombre del hermano que se halla á punto de pagar su decisión con su cabeza, vengo á pedirlos que me ayudéis á hacer lo que solo yo no puedo hacer.

Reclamo vuestro apoyo para sustraer un hermano á una muerte ignominiosa, para sacar, cueste lo que cueste, á Mr. Sarranti de la prisión en que está encerrado.

Ofrezco como medios de ejecución mis dos brazos primero, después una fortuna tan grande, que bastaría y sobraría para pagar con ella sola, durante un año, el ejército del rey de Francia.

Hermanos, aceptad mi brazo; sembrad mis millones; pero devolvedme á mi hermano.

He dicho, y espero respuesta.

Pero sólo el silencio respondió á la ardiente interpeleación del general.

El orador tendió una mirada en derredor suyo.

Pero en vez del estremecimiento que había creído sentir correr por sus venas, fué un sudor frío lo que sintió que le inundaba el rostro.

Ni un soplo respondió.

— ¿ He hecho á no dudarlo, continuó, una proposición inconveniente ? ¿ una oferta importuna ? ¿ Atribuis á mi demanda un interés puramente personal, y creéis que aquí solamente un amigo reclama vuestra protección para otro amigo ?

Hermanos, he andado cinco mil leguas para venir hasta vosotros : ni os conocía á unos ni á otros, pero sabía que teníamos el mismo amor al bien, que profesábamos el mismo odio al mal. Nos conocemos en realidad, aunque jamás nos hayamos visto, y aunque esta sea la primera vez que os hable.

Ahora bien, hablo á corazones honrados, á almas libres, á justos : en nombre de la justicia humana os pido que sustraigáis á un juicio injusto é infamante, á una muerte terrible, á uno de los mayores justos que he conocido.

Respondedme pues, hermanos, ó tomaré vuestro silencio por una negativa, y ésta como la ratificación de la sentencia más inicua que haya sido nunca pronunciada por humana boca.

Puestos tan formalmente en la necesidad de explicarse, los conjurados no tenían más remedio que contestar.

Aquel que ya había hablado, levantó la mano para indicar que iba de nuevo á hablar, y dijo :

— Hermanos, toda petición de uno de nuestros hermanos es sagrada, y por nuestros estatutos debe ser puesta á discusión, y aceptada ó rechazada por mayoría de votos.

Vamos á deliberar.

El general estaba acostumbrado á todas estas sombrías formalidades.

Mantúvose inclinado, en tanto que el círculo que le ro-

deaba se separaba de su lado para ir á reunirse más lejos.

Al cabo de cinco minutos, el afiliado que ya había tomado la palabra, atravesó la mitad de la distancia que les separaba del general, y dijo con el mismo tono con que el jefe del jurado pronuncia la sentencia :

— General, sólo soy aquí el intérprete de la mayoría de los que aquí se hallan presentes.

Hé aquí cómo se me ha encargado que conteste en su nombre y en el mío.

César decía que de la mujer de César no debía haberse sospechado nunca.

La libertad es una matrona que debe permanecer mucho más casta, mucho más inmaculada que la mujer de César.

Ahora bien, hermano, con pesar os doy esta respuesta ; pero á menos de no tener pruebas evidentes, irrecusables, patentes, luminosas de la inocencia de Mr. Sarranti, el parecer de la mayoría es que no prestemos apoyo á una empresa que tenga por objeto sustraer al rigor de la ley á aquel á quien la ley ha condenado justamente. Digo justamente, entendedme bien, general, hasta que haya prueba en contrario.

Creed que nuestros más ardientes votos han acompañado á Mr. Sarranti todo el tiempo que ha durado su doloroso proceso : creed que hemos temblado en el momento en que iba á pronunciarse el veredicto ; creed que nuestro corazón ha derramado lágrimas de sangre, cuando se pronunció su sentencia. Probadnos, general, la inocencia de Mr. Sarranti, y no serán cuatro, seis ó diez brazos los que tengáis para ayudar ó secundar á los vuestros, sino los cien mil brazos de la asociación.

Después, dando un paso hacia Mr. Le Bastard de Pre-mont, añadió el orador :

— General, ¿ nos traéis una prueba de la inocencia de Mr. Sarranti ?

— ¡ Ay ! dijo el general bajando la cabeza, no tengo más prueba que mi propia convicción.

— En ese caso, general, replicó el que ya había hablado, el acuerdo tomado subsiste en todo su rigor.

Y el orador, saludando al general, se unió de nuevo al grupo de los conjurados, que se disponían á marchar.

Pero levantando la cabeza y extendiendo las manos para probar un último recurso :

— Hermanos, dijo el general, he oído la sentencia de la mayoría y me someto á ella : mas permitidme que haga un llamamiento á cada individuo en particular.

¿ Hay entre vosotros algún corazón convencido como el mío de la inocencia de Mr. Sarranti ? Entonces, que ese corazón, amigo del mío, se una á mí, y trataré de llevar á cabo con él lo que hubiera querido emprender con vuestra ayuda.

El orador se volvió hacia sus compañeros.

— Hermanos, dijo, si hay entre vosotros alguno convencido de la inocencia de Mr. Sarranti, es libre para unirse al general y de probar con él todos los recursos de su buena ó mala fortuna.

Un hombre se destacó del grupo, fué á colocar su mano izquierda sobre el hombro del conde de Premont, y con la derecha, quitándose la máscara, dijo :

— Yo.

— ¡ Salvador ! exclamaron los otros diez y nueve.

En efecto, era Salvador que, convencido de la inocencia de Mr. Sarranti, venía á ofrecer su ayuda al general.

Los otros fueron uno á uno desapareciendo en la calle

de sicomoros que conducía á la entrada del subterráneo, y desaparecieron en la obscuridad.

Salvador quedó solo con el general.

"ALFONSO ALTES"
4876. 7625 MONTEBELL-MENGO

CAPÍTULO VI.

LO QUE PASABA AQUELLA NOCHE EN UNA DE LAS CALLES DEL JARDÍN DESIERTO.

Salvador, arrimado al tronco de un árbol, miró un momento al general conde de Premont.

El rostro del mismo Mr. Sarranti, al oír pronunciar su sentencia de muerte, estaba menos abatido, menos pálido que lo estaba en aquel momento el del general al oír pronunciar aquella cruel sentencia por labios amigos, á los que con riesgo de su vida venía á implorar que le ayudasen á salvar la de su amigo.

Salvador se acercó á él.

El general le alargó la mano.

— Señor, dijo éste, no os conozco más que por el nombre ; ese nombre lo han pronunciado vuestros amigos en alta voz, y me parece un feliz augurio.

— Es en efecto un nombre predestinado, respondió riendo Salvador.

— ¿ Conocéis á Mr. Sarranti ?

— No, caballero, pero soy amigo íntimo y sobre todo amigo decidido y reconocido de su hijo. Esto es decir, general, que comparto con vos vuestro dolor, y que podéis, en beneficio de Mr. Sarranti, disponer de mi cuerpo y de mi cabeza.

— ¿ No sois pues de la opinión de nuestros hermanos ? preguntó con viveza el general á quien estas últimas palabras habían reanimado.

— Escuchad, general, dijo Salvador ; el movimiento de las masas es casi siempre justo, porque es instintivo, y con frecuencia también severo, ciego y rígido. Cada uno de esos hombres que acaban de ratificar la sentencia de Mr. Sarranti, hubiese dado aisladamente otra sentencia, es decir, que hubiera dicho : No ; no creo en el fondo de mi conciencia que Mr. Sarranti sea culpable. El que desde hace treinta años anda jugando su cabeza en el campo de batalla, en las luchas mortales de partido, ese no sabrá ser un miserable ladrón, un vulgar asesino ; afirmo pues moralmente la inocencia de Mr. Sarranti.

El general estrechó la mano de Salvador.

— Gracias, le dijo, por lo que acabáis de decir.

— Pero, continuó Salvador, desde el momento en que os he ofrecido mi apoyo, me he puesto á vuestra disposición.

— ¿ Qué queréis decir ? os escucho con ansiedad.

— Quiero decir, que en la situación presente no basta afirmar la inocencia de nuestro amigo. Es preciso probarla, y probarla irrecusablemente ; en las guerras del conspirador con el gobierno todas las armas son buenas, y las que dos hombres leales rechazarían tal vez para un duelo, son acogidas ávidamente por los partidos.

— Explicaos.

— El gobierno quiere la muerte de Mr. Sarranti, porque esta ignominia recaerá sobre sus adversarios, y se dirá que todos los conspiradores son ó deben ser unos miserables, puesto que aceptaron por jefe á un hombre que era un ladrón y un asesino.

— ¡ Oh ! dijo el general, hé ahí por qué el fiscal ha descartado la acusación política.

— Y hé aqui por qué Mr. Sarranti luchaba porque no se descartase.

— ¿ Y bien ?

— Y bien, el gobierno no cederá más que en vista de pruebas visibles, palpables, flagrantes. Se trata de decirle, no sólo Mr. Sarranti no es culpable del crimen de que se le ha acusado, sino que hay que añadir : hé aqui el culpable del crimen de que se acusa á Mr. Sarranti.

— Y bien, caballero, ¿ tenéis vos esas pruebas ? exclamó el general : ¿ podéis vos decir quién es el culpable ?

— No tengo esas pruebas, no sé quién es el culpable, dijo Salvador ; pero...

— ¿ Pero qué ?...

— Tal vez estoy ya en la pista.

— Hablad, hablad, y seréis digno verdaderamente de vuestro nombre.

— Pues bien, dijo Salvador acercándose al general, escuchad esto que á nadie he dicho todavía y que á vos voy á deciros.

— ¡ Oh ! hablad, hablad, dijo el general acercándose á Salvador.

— En esa casa donde habia entrado Mr. Sarranti como preceptor y que pertenecía á Mr. Gerard, en esa casa de donde huyó el 19 ó 20 de Agosto de 1820, porque toda la cuestión está en la fecha precisa de la fuga, en el parque de Viry, en fin, he hallado la prueba de que uno de los niños al menos habia sido asesinado.

— ¡ Oh ! dijo Mr. de Premont, ¿ creéis que esa prueba no pueda ser fatal á nuestro amigo ?

— Señor, cuando vamos en busca de la verdad, la ver-

dad es lo que buscamos, ¿no es esto? Porque en caso de ser culpable Mr. Sarranti, le abandonaríamos como los demás le han abandonado; cuando se persigue la verdad, es preciso recoger toda prueba, aun cuando esa prueba sea en la apariencia contraria á aquel cuya inocencia queremos que sea reconocida. La verdad lleva la luz consigo mismo: lleguemos á la verdad, y *lux facta est*.

— Sea, ¿pero cómo habéis podido adquirir esa prueba?

— Una noche que vagaba con mi perro por el parque de Viry, por causas enteramente extrañas al negocio que en este momento nos ocupa, he hallado en el fondo de una espesura, al pie de una encina, en un agujero que mi perro se afanaba por ahondar, el esqueleto de un niño que había sido enterrado de pie.

— ¿Y creéis que sea el de uno de los dos niños que han desaparecido?

— Es más que probable.

— ¿Pero y el otro, el otro niño? Porque había un niño y una niña.

— El otro niño creo haberlo encontrado también.

— ¿Gracias al perro también?

— Sí.

— ¿Vivo ó muerto?

— Viva, porque era la niña.

— ¿Y bien?

— De este doble incidente he augurado que si podía obrar libremente, llegaría tal vez á descubrir completamente el crimen, y que este descubrimiento me llevaría, á no dudarlo, al descubrimiento por consiguiente del criminal.

— ¡Oh! no hay duda en ello, si habéis encontrado á la niña viva, exclamó el general.

— Viva, sí, viva.

— Debía tener siete años ya en la época en que el crimen se cometió.

— Seis años, sí.

— ¿Podría pues recordar?

— Se acuerda.

— Y bien, ¿entonces?...

— Se acuerda demasiado.

— No comprendo.

— ¡Oh! es bien sencillo. Cuando á la pobre niña se la hace volver la vista á aquella terrible catástrofe, cae en una de esas terribles crisis nerviosas que hasta pueden llegar á hacerla perder la razón. ¿Qué peso queréis pues que tenga la deposición de una niña á quien se acusará de locura, y á la que con una palabra se volverá loca efectivamente? ¡Oh! he pensado bien en esto.

— Pues veamos el muerto en vez del vivo. Si el vivo calla, ¿no podría tal vez hablar el muerto?

— ¡Oh! si yo pudiera obrar libremente.

— ¿Quién os lo impide? Id á ver al procurador del rey, denunciadle todo, encargad á la justicia de hallar la luz que vos invocáis...

— Sí, y la policía en una noche hará desaparecer las huellas que vendrá á buscar al siguiente día la justicia. ¿No os he dicho que la policía tenía interés en hacer que desaparecieran las pruebas á fin de que cayese de lleno Mr. Sarranti en ese horrible negocio de robo y de asesinato?

— Pues bien, proseguidlo entonces por vos mismo. Prosigámoslo. ¿Decís qué podríais llegar á la verdad, si pudiérais obrar libremente? ¿Quién os lo impide? Decid.

— ¡Oh! esto es otro negocio no menos grave, no menos serio, no menos infame que el de Mr. Sarranti.

- Sea, pero obremos.
- ¡ Obremos! eso es lo que quiero, pero...
- ¿ Qué ?
- Es preciso que antes podamos registrar libremente la casa y el parque en que el crimen, ó más bien los crímenes se han cometido.
- ¿ Hay posibilidad de hallar ese medio ?
- Sí.
- ¿ Á qué precio ?
- Á peso de oro.
- Os he dicho que soy inmensamente rico.
- Sí, general, pero eso no basta.
- ¿ Qué es pues necesario ?
- Un poco de audacia y mucha persistencia.
- Os he dicho que ofrecía mi fortuna, no sólo mi fortuna sino también mi brazo, no sólo mi brazo sino hasta mi vida, hasta llegar al objeto que nos proponemos.
- Pues bien, general, creo que entonces vamos á empezar á entendernos.
- Después mirando á su rededor, y notando que la luna caía de lleno sobre el sicomoro en que estaba apoyado, dijo :
- Venid á la sombra, general, porque vamos á hablar de cosas en que arriesgamos la vida, no sólo sobre el cadalso, sino en el rincón de una plaza ó en la esquina de una calle. Esta vez tenemos que burlar no sólo á la policía como conspiradores, sino á miserables como hombres de bien.
- Y Salvador arrastró efectivamente al general al sitio del bosque en que la sombra era más opaca.

CAPÍTULO VII.

LO QUE SE PUEDE HACER Y LO QUE NO SE PUEDE HACER
CON DINERO.

Dejó el general al joven el cuidado de dirigir una mirada investigadora en derredor, y tiempo para escuchar hasta el menor ruido que llegaba á sus oídos.

Después que le vió tranquilo :

— Hablad, le dijo.

— Y bien, general, dijo Salvador, es preciso por de pronto que nos hagamos dueños del parque y del castillo de Viry.

— Nada más fácil.

— ¿ Cómo ?

— Comprándolos.

— Desgraciadamente, general, no están de venta.

— Pues qué, ¿ hay algo que no se venda ?

— Justamente, general, esa casa y ese parque.

— ¿ Por qué ?

— Porque sirven de lugar de refugio, de retiro, de abrigo á un crimen casi tan monstruoso como éste cuya prueba buscamos.

— ¿ Entonces, esa casa está habitada ?

— Por un hombre poderoso.

— ¿ Como posición política ?

— No, como afiliación religiosa, lo cual es mucho más sólido y seguro.

— ¿ Y cómo se llama ese hombre ?